

504 P  
INSTITUTO TEOLÓGICO DEL CERQUEY 19  
MONS. MARIANO SOLER



**PASTORAL**  
DEL  
ILMO. Y RVMO. SR. OBISPO DIOCESANO  
SOBRE  
LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO  
CON OCASION  
DE LA FIESTA DE NAVIDAD

*Nos el Dr. Don Mariano Soler, por la gracia de Dios y de la Santa Sede, Obispo de Montevideo, etc., etc.*

*Al Venerable Clero y Fieles de la Diócesis, salud y santificación en Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.*

«El gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo, se dió a sí mismo para redimirnos»

AD TIT. II. 14.

Existe un nombre, muy amados hijos en el Señor, ante el cual se eclipsan los grandes y celebrados de la tierra,

134



y cuya gloria ha permanecido sin rival en la historia de la humanidad. Un nombre que ha resonado en todas partes, y cuya atracción es tan poderosa que por él han muerto millones de mártires, mueren hoy día y continuarán muriendo; un nombre que despierta, apenas se le pronuncia, el recuerdo de las virtudes más perfectas, de las acciones más generosas, de los beneficios más espléndidos. Un nombre divino que tiene el don de producir en las almas, aun después de prolongados siglos, un entusiasmo sublime de heroica abnegación, que á ningún otro puede compararse, puesto que engendra innumerables héroes voluntarios que se consagran por su amor al alivio de los males y desgracias de la humanidad; un nombre en fin, que es adorado en la tierra porque con él se designa al *gran Dios y Salvador nuestro*.

El es también una imagen que no se mira jamás sin emoción y respeto; que ha reemplazado sobre los altares las imágenes fabulosas de los dioses de la mitología; una imagen que después de haber sido entre los paganos un instrumento de oprobio y de suplicio, resplandece hoy en la diadema de los príncipes y en la cumbre de los más grandes monumentos, como adorna las toscas

paredes de la chosa más humilde. Una imagen que nuestras madres nos han hecho besar con efusión cuando éramos niños, y que será nuestro supremo consuelo al reposar un día sobre nuestro corazón helado por la muerte, al presidir nuestros funerales y señalar, como una esperanza, el lugar de nuestro sepulcro.

Existe, en fin, una historia que ha cautivado á los más bellos genios del mundo, consolado los más grandes dolores, excitado la admiración y la imitación de muchedumbres y generaciones; una historia que ha hecho derramar más lágrimas de gratitud y amor que los infortunios más célebres unidos y juntos; que ha engendrado alegrías y esperanzas inmortales; una historia sin la cual no se explica la humanidad, ni existiría la civilización, ni la grandeza moral de los pueblos cultos.

Este nombre, amados fieles, esta imagen y esta historia es la historia, la imagen y el nombre de JESUCRISTO, cuyo nacimiento según la carne, vamos á conmemorar en su aniversario por diez y nueve centurias repetido.

No; no hay ni ha habido nombre más grande y augusta; no hay boca que lo pronuncie sin respeto, admiración y amor; y es inclinándonos ante él que nos



atrevernos á escribirlo. Nombre que no es un simple recuerdo histórico, como el de los demas grandes hombres que el mundo venera. Jesucristo vive en nuestros corazones, vive y reina en la hora presente sobre la mas culta porcion del mundo, y pronto triunfará de las resistencias del Africa y del Asia con el mismo poder y rapidez con que triunfara de las de América. Nombre que cuando triunfa es para civilizar á los pueblos; porque solo en su nombre se civilizan y salvan.

Por eso Europa y América y todos los pueblos cultos están postrados á sus piés para rendirle el supremo homenaje de adoracion, no existiendo en ese concierto universal mas nota discordante que el diminuto número de incrédulos que ha perdido el racionalismo moderno, excepcion tan insignificante como la de los ateos en religion ante el concierto augusto de la humanidad.

Jesús reina, Jesús impera al traves de las generaciones y de todas las resistencias, como sol resplandeciente que disipa las sombras de nubes pasajeras. Todos los pueblos cultos le adoran y se enorgullecen en adorarle; y todos aceptan su Evangelio como el código inmortal de la civilizacion.

Y bien, amados católicos, ¿es legitimo ese culto? ¿Habrán podido engañarse todos los pueblos civilizados y todos los grandes genios que en la serie de los siglos han acatado y demostrado la divinidad del Hombre-Dios? ¿O es Jesucristo un usurpador hábil que ha destronado al Señor de los cielos y seducido á la humanidad?

¡Quién lo creyera! La incredulidad moderna ha querido hacerle desempeñar el papel de seductor y de embaucador, paliando la blasfemia con proclamarle el mas grande de los filósofos y de los bienhechores de la humanidad. Escuchad sinó como doran esa blasfemia histórica y religiosa.

«Que Jesucristo, dicen, sea la mas vasta inteligencia, el corazón mas moral y generoso, el legislador mas profundo, y sobre todo el mas original que haya existido jamás, es muy cierto; pero es simplemente un hombre que ha adoctrinado discípulos, seducido gentes crédulas como Orfeo, Confucio y Brama. El Dios judío ha renovado el prodigio de los tiempos fabulosos, ha destronado, ha reemplazado las divinidades griegas y egipcias.

Un grande hombre sucediendo á otros grandes hombres, Jesús se ha hecho ado-



rar, porque antes que él, sus predecesores Isis, Osiris, Jupiter y tantos otros, tuvieron el orgullo de hacerse adorar.

Si Jesucristo ha apasionado y uncido á su carro las muchedumbres, si ha revolucionado el mundo, no debemos ver en ello sino el poder del génio y la acción de una gran alma que invadió el mundo por la inteligencia, como tantos conquistadores, Alejandro, César ó Mahoma lo hicieron con la espada».

Hé aquí en compendioso resúmen la blasfemia historico-religiosa del racionalismo incrédulo, simulando profundo respeto á la persona de Jesucristo.

Pero, dejando para mas adelante demostraros que solo los espíritus *superficiales*, á no ser que sean hipócritas, pueden ver una semejanza, que no existe, entre el Cristo y los fundadores de imperios y los creadores de otras religiones, puesto que existe una distancia infinita, os haremos observar desde luego que es una menguada hipocresia aclamar á Jesucristo como el mas grande de los hombres, mientras se le arrebatá la aureola de la divinidad. ¿Cómo puede ser una grande alma y el mas insigne moralista el hombre que ha tenido el orgullo de hacerse adorar como Dios? No hay término medio, ó el Cristo es Dios, ó es un

impostor. Pero «si el título de impostor, dirémos con un notable publicista, se adapta tan facilmente al nombre de Mahoma, repugna de tal manera al referirse al Cristo, que el hombre que osare aplicárselo, queda calificado de calumniador menguado ante la historia y la humanidad.» Jesucristo está muy por encima de la crítica incrédula, aparecida muy tarde en el calendario de la historia para poder alterar y menos borrar las páginas sublimes de la personalidad divina y de la obra grandiosa realizada por el Hombre-Dios.

Era cosa dura é intolerable eso de decir á pueblos cristianos que Jesucristo es simple y llanamente un impostor; por eso el racionalismo incrédulo procura distraer la atención de los espíritus superficiales declarando que Jesucristo es el mas profundo de los legisladores, el mas sábio de los filósofos y el regenerador de la humanidad.

Y sin embargo, todos estos elogios tributados á Jesucristo implican de parte del liberalismo racionalista la mayor afrenta con que podria denigrarse la memoria de Jesucristo. En efecto, es innegable, que este ha afirmado en múltiples y solemnes circunstancias ser Dios, Hijo de Dios, igual al Dios Padre;



pero, si segun el racionalismo liberal no es mas que un filósofo, resulta ser, por mas Augusta que se suponga su personalidad, *un hombre que se hace pasar por Dios*. Y ¿no equivale esto á hacerle desempeñar el papel infame del mas infame impostor; papel que por otra parte es incompatible con la grandeza moral que los mismos incrédulos reconocen en Jesucristo?

Y es cosa digna de notarse que coincidiendo los incrédulos modernos con los antiguos judios en negar la divinidad de Jesucristo; mientras estos le crucificaron como impostor porque se declaraba Dios, siendo asi mas sinceros; estos, mas hipócritas, le consideran como un gran filósofo y regenerador de la humanidad á pesar de la afirmacion de ser verdadero Dios.

En verdad que Dios ciega á los que quiere confundir y perder! El empeño del liberalismo incrédulo en ensalzar á Jesucristo como un simple filósofo es con el fin de legitimar su apostasia de la fé y de la revelacion cristiana; es sacudir la sumision á la Iglesia fundada por el Cristo, rebajándola á la categoria de una institucion humana, ó simplemente filosófica, que no se impone por la fé divina; pero ¿no ven los ilusos que

al declarar á Jesucristo simple filósofo, aunque sea el mas grande, negándole la divinidad, equivale á denigrarle haciéndole pasar por un impostor vulgar? Hé aqui lo que significa la falsa apoteosis del liberalismo.

Mas aún; pretende honrar la memoria de Jesucristo negando el magisterio divino de la Iglesia en la enseñanza auténtica de sus preceptos y doctrina. Pero esta es una aberracion inconcebible ó una insigne hipocresia. ¿No fué acaso ese mismo Jesucristo, cuya memoria aclaman quien declaró solemnemente que conferia esa mision á la Iglesia? Oid lo que dice á sus Apóstoles: «Con el mismo poder que me ha enviado mi Padre, yo os envio á vosotros: id y enseñad á todas las gentes á observar lo que os he mandado; el que creyere se salvará y el que no creyere se condenará»... «Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.»

Y para que no pudiera dudarse cual era la Iglesia verdadera, advierte que es la fundada sobre la autoridad de Pedro, perpetuo en los Pontífices, sus sucesores: «Tu eres Pedro y sobre esta Piedra edificará mi Iglesia.»

¿Y dirán los liberales que Jesús les pertenece? ¿El liberalismo convertido en



sucesor de los Apóstoles y en piedra fundamental de la Iglesia de Jesucristo! ¡Misioneros del Cristo los liberales!

Y es curioso ver que el liberalismo racionalista pretenda honrar á Jesucristo despreciando la Iglesia y sus ministros! ¿Cómo olvida que eso es absurdo desde que Jesucristo declara: «El que desobediere á la Iglesia sea considerado como gentil y publicano» — «Quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia?»

Y sin embargo, ¿no hemos oído decir que solo por un convencionalismo sostenido por una vieja costumbre se ha dejado á la Iglesia en calidad de monopolio el derecho de festejar la memoria del gran filósofo, que en realidad no le pertenece, sino al liberalismo á quien tanto debe la causa por este defendida? — Qué peregrina invención, qué audacia! . . . .

¡Jesucristo liberal, racionalista y anticlerical! Esto mas que blasfemo es ridículo.

Y en verdad que podemos exclamar: *iniquitas mentita est sibi*: la iniquidad se ha engañado y defraudado á sí misma! Admirar á Jesucristo, hacer su apoteosis, y negar al mismo tiempo su enseñanza y sus instituciones, es el colmo de la contradicción y la mayor de las inconsecuencias.

Así, pues, al aproximarse, amados fieles, la grande y solemne fiesta de Navidad, aniversario del nacimiento del Redentor del mundo, hemos querido dirigir la presente carta pastoral á fin de que procureis celebrarla según el espíritu cristiano, con los sentimientos de la santa Iglesia fundada por Jesucristo, y con el culto de adoración que le es debido, evitando las profanaciones de esas apoteosis ridículas y sacrílegas, que insultan en vez de honrar el nombre y la memoria del Redentor.

Por eso procuraremos también, ante las tendencias de la incredulidad á profanar la memoria del *gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo*, como le aclama S. Pablo, demostraros, aunque más no sea á grandes rasgos, que la personalidad histórica de Jesucristo, como Hombre-Dios, está muy por encima de los sofismas de la exégesis y crítica racionalistas; que, como todas las heregias, han servido también para hacer incontestable la divinidad de Jesucristo; dogma consolador y augusto que el esfuerzo combinado de todas las sectas no ha sido capaz de arrancar del alma, de la inteligencia y del corazón de los pueblos.



II

La historia de Jesucristo es la historia del mundo, y sin él no se comprende ni explica la historia de la humanidad.

El hombre caído desde su origen había pasado durante cuatro mil años por todas las angustias de la expiación sin que la reparación de su caída fuese consumada. Un Libertador le había sido prometido desde el principio, y su advenimiento anunciado por los profetas, era esperado por toda la tierra. De esta expectación son testigos todas las tradiciones y todos los historiadores de la antigüedad. Y llegó en el momento en que todas las naciones, después de violentas destrucciones de imperios y prolongados desastres y sangrientos exterminios de pueblos y ciudades, se encontraron bajo la obediencia de una sola ciudad, Roma, que había empleado seis siglos de guerra implacable para conquistar esta unidad de dominación. Fué este momento que Dios escogió para enviar al mundo el Reparador de la humanidad.

Augusto reinaba sobre la tierra: la paz era general. Herodes gobernaba la Judea bajo la autoridad de Roma, y ya se había cumplido la plenitud de los

tiempos fijados por los profetas para la llegada del Mesías. Entonces Jesucristo, el Verbo de Dios encarnado en el seno de la Virgen María, nació en Belén, humilde ciudad de Judea: Este nacimiento lleno de misterios y rodeado de prodigios, hizo regocijar á la tierra, y oyóse entonar el cántico que desde entonces se repite cada día en el mundo entero: «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad».

Ya sabemos para que era esperado Jesucristo y para qué vino al mundo: para redimirnos por medio del sacrificio cruento de la cruz y las divinas enseñanzas del Evangelio. No sería posible en los estrechos límites de una pastoral exponer todos los hechos y rasgos sublimes de su vida y de su muerte. Pero ¿qué cristiano los puede ignorar y no haber deducido de ellos la célebre confesión del irrecusable Rousseau? «Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio; la vida y la muerte de Jesucristo son las de un Dios».

Y en efecto, Jesucristo ha obrado la revolución moral, social y religiosa mas grande que se haya realizado en la humanidad; revolución increíble é inexplicable, aunque sea un hecho presente á toda la historia, si Jesucristo no es



mas que un hombre. Por qué ¿cómo este hombre que nace en un establo y muere en el patíbulo infame de la cruz, se hace de tal manera señor del mundo hasta imponerle doctrinas, preceptos y creencias contrarias á todas las pasiones de que es víctima la naturaleza caída? Este hombre se levanta y engrandece en un lugar desconocido; nada posee que le asegure el imperio; no tiene ejércitos, no alhaga á las turbas, ni subleva á los pueblos; escoge por apóstoles, no grandes generales ni sabios extraordinarios, sino unos pobres pescadores; es objeto del odio y de la envidia de sus contemporáneos; cuanto obra de extraordinario sirve para exitar mas la animadversion de sus enemigos; exige de sus adeptos la mortificacion y el sacrificio, irritando con esto mismo las pasiones de sus adversarios. Nadie lo defiende y el mismo no lo pretende, dejándose tomar por los que lo persiguen de muerte, y es tratado como el mas vil y criminal de los esclavos, aunque es inocentísimo. Sus discípulos lo abandonan y es condenado á muerte como un impostor, porque se ha declarado solemnemente ser el Cristo, Hijo de Dios vivo, reclamando así el culto debido á la divinidad.

Con tan cruenta tragedia termina la vida de Jesucristo. ¿Y es este el hombre que vá á transformar el mundo; el que vá á cambiar sus costumbres, sus creencias, sus leyes, su culto, todas sus ideas? ¿Es este el que va á derrocar todos sus idolos y deidades y á derribar sus templos erigiendo otros nuevos en donde él será adorado? Es este el que va á destruir á todos los dioses y que vá ser Dios?

Pero, si no siendo mas que un simple filósofo y un puro hombre, logra realizar tan magna y gigantesca revolución en el mundo, esta será la maravilla más extraordinaria que la imaginación humana pudiera concebir jamás! Si no es más que un hombre, su poder será el más grande de los misterios, el más inexplicable, el más admirable, el mas increíble.

Hé aquí sin embargo realizado ese hecho; él es universal y luminoso como el sol; él abraza todas las naciones civilizadas y no hay pueblo alguno en el mundo en estado de sociedad culta que no adore el nombre de Jesucristo; fuera de este nombre todo es barbarie y tinieblas.

Se han escrito muchos libros de teología y apologética, que constituyen la *Cristología*, para demostrar la divinidad



de Jesucristo; pero esta divinidad no necesita de tan profundas demostraciones; ella brilla y resplandece por sí misma en la historia del mundo y del cristianismo. ¡Desgraciado el ojo que no la vé y el espíritu que no la siente. El filósofo que niegue la divinidad de Jesucristo se condena á negarlo todo en la historia y en la humanidad.

Por eso nos concretaremos á daros una demostracion popular, inaccesible á todo sofisma y adaptada á la situacion de todos los espíritus, pues ni siquiera haremos uso de las profecias y milagros; nos colocaremos en el terreno de la historia y del simple buen sentido, en el cual queda derrotada la incredulidad.

En efecto, el establecimiento y la universalidad del cristianismo sobrepuja la razon del hombre mucho mas que el misterio de Jesucristo, Dios-Hombre; porque si con la divinidad de Jesucristo se explica el cristianismo, sin ella no hay explicacion posible de un hecho que es innegable ante la historia.

Jesucristo ha querido que el cristianismo llevase en sí mismo la prueba de su divinidad. Y en verdad, para que ante la luz de la razon una obra aparezca y sea sobrenatural y divina es necesario que

no exista proporcion entre la causa y el efecto, segun las leyes naturales: ahora bien, el establecimiento del cristianismo se ha verificado con esa condicion, como quiera que no solo careció de los medios que humanamente pudiesen explicarle, sino que ha tenido en contra todos los medios é instrumentos capaces de destruir la mas robusta institucion humana; luego es una institucion divina. Para los que no admiten milagros, ella es el mas grande milagro viviente y perpetuo en la historia.

Así, es evidente en primer lugar, que careció de todos los recursos naturales: carecia de prestigio popular por ser un Judio crucificado su fundador: sus apóstoles carecian de ciencia, de riquezas, de fuerza y del apoyo de los soberanos. Si se les supone fanáticos, mayor era el fanatismo de sus adversarios para ahogar todo proselitismo; baste recordar los tres primeros siglos de continua persecucion durante los cuales quiso permitir el Señor que todo conspirase contra la Iglesia para evidenciar su divinidad, puesto que lejos de encontrar apoyo alguno, todo se convierte en arma de combate: los Césares, señores del mundo, la proscriben con decretos de muerte; los pueblos paganos derraman



á mares la sangre de los cristianos; la ciencia y la filosofía la declaran superstición abyecta y enemiga del género humano; la tierra toda entera se convierte en un inmenso patíbulo para el cristianismo. Y sin embargo, y á pesar de esa conjuración universal de todas las fuerzas y recursos humanos contra la Iglesia, todo fué vencido por la energía de la cruz, escándalo para unos y locura para los otros: de manera que no existe mas explicación de tan sublime triunfo, sino esta: *hæc est victoria quæ vicit mundum, fides nostra*: «hé aquí la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fé.»

Se ha querido hacer del cristianismo una pura filosofía, pero si no es mas que esto, sería el mas inconcebible de todos los misterios. ¿Donde está, en efecto, la filosofía que haya conquistado, no diremos el mundo, sino la mas pequeña región de la tierra? ¿Donde está la filosofía que se haya establecido como credo popular, no diremos dos mil años, sino algunos dias y por propagandistas que no eran filósofos? El cristianismo es seguramente la filosofía del género humano por el código de verdades que contiene; pero es una filosofía que no se basa en la autoridad de la razón huma-

na, que tiene misterios, que se funda en la autoridad de la revelación, que tiene por base la fé, y que sujeta al hombre á deberes contra los cuales se revela la naturaleza caída; y hé aquí porque el cristianismo no se hubiese establecido jamas sino tuviese otra fuerza de convicción que la misma perfección de sus prescripciones. Nada se hubiese podido contra esta máxima de la flaqueza é inconsecuencia humanas, proclamada por Ovidio: «Veo lo mejor, lo apruebo y sin embargo sigo lo peor.» Sino hubiera sido enseñada como una religión sobrenaturalmente revelada por Dios, hubiese tenido en el mundo la misma influencia que las doctrinas de los filósofos mas grandes, que ni siquiera alcanzaban á influir en el barrio en que vivían, según confesión de Voltaire. Atenas y Roma permanecieron paganas é idólatras á pesar del gran número de sus grandes filósofos.

Jesucristo es Dios, Jesucristo es Hombre en una sola persona: así como nuestra alma espiritual está encarnada en nuestro cuerpo, del mismo modo y en cuanto es posible la comparación, el Verbo divino encarnó en la naturaleza humana, haciéndose hombre sin dejar de ser Dios. Tal es la doble explicación



del cristianismo; dos dogmas ligados entre si, que se esclarecen mutuamente. Como hombre ha podido sufrir para expiar el pecado de los hombres, y como Dios su expiacion ha podido ser satisfactoria por ser de infinito valor. Negar el uno ó el otro es trastornar toda la economia del cristianismo, y hubiera sido ilusoria la expectacion del género humano que esperaba y necesitaba un Redentor.

Un gran filósofo, hubiere sido un gran hombre que hubiese dado enseñanzas sublimes, pero sin poder realizar la redencion humana.

Las sectas han pasado con sus negaciones al lado de la Iglesia sin conmover jamas la obra de Jesucristo. Unas han negado la humanidad y otros la divinidad; han negado ambas á la vez, y ha habido sectarios para quienes la misma existencia histórica de Jesucristo no era mas que una fábula! un mito! demostrando asi que todas las locuras pasan por la cabeza del hombre. Y ¡no ven que cuanto mas radical es la negacion de Jesucristo mas se le afirma; porque al fin y al cabo, ahí está el cristianismo de pié, viviente, universal. Para negar á Jesucristo seria necesario convertir en un caos la historia de los pueblos civilizados!

No es nuestro intento dar un tratado de cristologia, ni exponer el conjunto de verdades enseñadas por la fé relativamente á la persona del Hijo de Dios hecho hombre en el misterio augusto de la Encarnacion, expuestas por los mas grandes apologistas y doctores de la Iglesia; solo nos proponemos demostrar que la divinidad de Jesucristo es inatacable aun bajo el aspecto de la critica histórico-filosófica en cuyo nombre la ha querido combatir la incredulidad contemporanea.

Por lo demás, no es de extrañar que hasta semejante extremo haya llegado el racionalismo incrédulo en nuestros dias, pues tan grande es su aberracion que llega á defender doctrinas como el ateismo y el materialismo, negacion de Dios y del alma humana, á pesar de ser las verdades mas espontaneas de la razon y hasta de sentido comun; ¿qué mucho, pues, que la emprendiesen contra la divinidad de Jesucristo?

### III

Pascal ha afirmado esta notable verdad:

“Los dos Testamentos, antiguo y nuevo se refieren á Jesucristo directa-



mente; el primero como su expectacion, el segundo como su modelo, y ambos como su centro.» Y en efecto, las *pruebas históricas* de la divinidad de Jesucristo llaman la atención de los espíritus aun mas superficiales. Cuarenta siglos antes de nacer vivia en la historia del mundo: la idea mesiánica constituye el fondo de la religion judia, y entre los gentiles en medio de las tinieblas del paganismo: en las fábulas de la mitología se la encuentra toda entera por fragmentos. Nada mas conocido y auténtico que las numerosas profecias relativas al nacimiento, la vida y la muerte del Mesias, la difusion de su doctrina y el establecimiento de su reinado espiritual entre los hombres. La mitología del Oriente y del Occidente está igualmente impregnada de la idea mesiánica. El mito de la India, el mito persa, el mito egipcio, la fábula de Prometeo entre los Griegos, la llegada próxima de un descendiente de los dioses entre los Romanos, no permite dudar un instante de que se verificaba en el antiguo mundo el anuncio de Jacob (Gen. 49. 10.) «El será la expectacion de las naciones.» La incredulidad moderna no lo ha podido negar, y si hemos de creer à Renan, «una fiebre intensa» devoraba à los

Judios; existia en la Judea «una fermentacion extrema» y el espíritu humano sufría «un extraño tormento» por la expectacion de un conquistador universal al tiempo del nacimiento de Jesucristo. Asi, pues, este movimiento general y extraordinario de la expectacion de un Redentor divino se encuadra con la prueba histórica de la divinidad de Jesucristo, que llega en el dia marcado por la tradicion universal.

Pero, la demostracion de la divinidad de Jesucristo es mucho mas evidente.

Si la palabra del hombre es la revelacion de su caracter, las palabras de Jesucristo revelan una persona divina. Asi, habla en su propio nombre, y ¿quien sinó un Dios puede afirmar lo que él afirma?—«Yo soy la luz del mundo»—«Yo soy la verdad»—«Yo soy la vida.»—El se dirige à todos los hombres con autoridad divina: «Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra: Id, dice à sus discipulos, à enseñar à todas las gentes... el que creyere se salvarà y el que no creyere se condenará» manifestando asi que no es un simple filósofo como Socrates ó Platon, que propone al exámen de las inteligencias un sistema filosófico, sino que impone la religion absoluta que debe aceptarse por todos



los mortales. ¿Qué mas? él tiene una idea clara y precisa de su obra redentora: «Yo he venido á salvarlo que estaba perdido.»

Pero si era necesario declarar mas terminantemente su divinidad, lo hace sin ambages:—«Yo soy el Cristo, Hijo de Dios vivo»—Dios verdadero igual al Dios Padre:—«Yo y mi Padre somos una misma cosa». Podia afirmar mas claramente su divinidad?

El repite estas afirmaciones delante de sus discípulos, ante el pueblo y ante el tribunal de los príncipes del sanhedrin, debiendo notarse que tan clara es esta afirmacion que se le condena á muerte porque siendo hombre se hace Dios, *quia Deus se fecit*.

Y es necesario advertir que existe una distancia infinita entre decir *soy un Dios* á afirmar *soy Dios*, como la que existe entre los *dioses* del paganismo y el *Ser Supremo*.

Así Jesucristo afirma que es Hijo de Dios, Dios igual al Dios Padre, Dios verdadero; no *un Dios* á la manera pagana, como afirmaron muchos impostores.

Pero ningun sabio, ningun conquistador, ningun fundador de religion, ningun hombre de genio ha usado jamas el lenguaje de Jesucristo, ni aun entre los

mas insignes impostores. Por tanto nos vemos obligados á confesar que si Jesucristo no es verdadero Dios, ha mentado solemnemente, es un impostor blasfemo, y ¿el mas infame de los impostores vendria á ser el Redentor del mundo y el regenerador de la humanidad?

¡Qué abismo establece Jesucristo por esta declaracion de su divinidad entre él y todos los hacedores de religiones! Qué audacia, qué sacrilegio, qué blasfemia sino fuera cierto! Diremos mas, el triunfo universal de una afirmacion semejante, si ese triunfo no fuera realmente de Dios, seria una excusa plausible y una prueba del ateismo.

¡Se ha comparado á Jesucristo con Confucio, con Zoroastro, con Buda, con Sócrates, con Mahoma! La comparacion, dice M. Guizot, es singularmente ininteligible y superficial.» Qué diferencia entre ellos, hombres de pasiones é imperfecciones como todos los mortales, y el Cristo, tipo ideal de perfeccion, igualmente sublime y original, que nadie puede igualar, ni superar, ni criticar; diferente de todo lo que ha existido y existe, absolutamente nuevo, sin igual que le preceda como tampoco igual que le suceda. En aquellos las circunstancias de su vida revelan sus vicios y defectos y



fué durante su vida que establecieron su culto, ayudados por las pasiones, por la fuerza y el favor de los acontecimientos políticos. El Cristo lo espera todo de la eficacia y energía del sacrificio de la cruz por la redención del mundo, y después de su muerte dice que lo conquistará. Y esta promesa, tan bien llamada por San Pablo *la locura de la cruz*, esta predicción de un crucificado, se ha llevado á cabo literalmente; y la manera con que se realiza es más prodigiosa que la promesa.

¿Quién concibe á un muerto haciendo conquistas con un ejército fiel y reconocido únicamente á su memoria; con soldados sin sueldo, sin esperanzas en este mundo, que les inspiren la perseverancia y el sufrimiento de todo género de privaciones; y esto al través de diez y nueve siglos? Quien podría concebir á Cesar, emperador eterno del pueblo romano, gobernando desde el fondo de su mausoleo, el imperio y velando sobre los destinos de Roma? Tal es sin embargo la historia de la conquista del mundo por Jesucristo con el solo poder de su cruz. Los pueblos pasan, los tronos se derrumban y la Iglesia permanece inmóvil combatida por el océano furioso de la fuerza, de la cólera y del desprecio del siglo.

Cristo vive y Cristo reina desde mil ochocientos años hace. Si no reconocéis en él el poder de Dios, renunciad á toda demostración y ratiocinio.

Entre el Cristo y cualquier otro personaje del mundo; entre el cristianismo fundado por él y las demás religiones, no hay término posible de comparación. Es verdaderamente un ser y una obra aparte; sus ideas y sentimientos, la verdad que anuncia, su manera de convencer, la propagación de su Iglesia, no se explican ni por la organización humana, ni por la naturaleza de las cosas: era un Hombre-Dios.

No podríamos reasumir mejor las pruebas históricas de la divinidad de Jesucristo que relatando la enumeración hecha por un insigne apologista. «La cuestión de la divinidad de Jesucristo domina en la historia todas las demás cuestiones, y como es la más importante, la más decisiva, es también la mejor establecida y la más bien demostrada. Tenemos una posesión no interrumpida de diez y ocho siglos y la creencia unánime de todas las naciones civilizadas. Para justificar el valor de esta posesión y la legitimidad de esta creencia, los argumentos abundan: la expectación de los siglos anteriores á



nuestra era; la historia entera del pueblo judío, el cumplimiento de las promesas, de las figuras y de las profecias; la eminencia de la doctrina evangélica, la santidad de vida de su autor; la autoridad y el gran número de sus prodigios; el éxito naturalmente imposible de su empresa; el establecimiento, la propagación y la conservación humanamente inexplicable de la Iglesia cristiana; la conversión del universo á una religión que contraría todas las pasiones y todas las ideas dominantes; la transformación de las sociedades, de las leyes y de las costumbres; los frutos de vida moral y religiosa producidos en las almas bajo la inspiración del Evangelio; el testimonio perpetuo y subsistente de los mártires; el asentimiento de los más grandes genios que han existido en el mundo; la adoración y el amor de los más nobles corazones; mil hechos y ejemplos de abnegación, de caridad, de virtud y de pureza que el mundo no había conocido jamás; la derrota sucesiva de todos los hombres y de todos los sistemas adversos al cristianismo; el renacimiento de la fé y de la piedad en medio de todos los ataques y de todas las negaciones; el cristianismo más retemplado al otro día de los ataques y de las persecucio-

nes; un retorno inesperado de los espíritus cada vez que su causa parece perdida.»

Y ante tan sublimes hechos ¿qué juicio debemos formarnos de esa hueste refractaria é incorregible del racionalismo heterodoxo? No ha sido capaz de aprender una sola lección en la historia de diez y nueve siglos de escarmientos y decepciones en las luchas contra el catolicismo; y se atreve á dar el espectáculo de pigmeos envanecidos que no temen habérselas con el coloso titán que, contemplándolos con generosa conmiseración, pasa á su lado y triunfa de sus arrogantes amenazas, acumulando laureles para su perpetua y eternal victoria.

¡Si creerán que la Iglesia católica les teme! Y en nombre de quién ó por qué causa? Acaso en el de la civilización? Pero ¿si «*á ella todo lo debemos, al decir de Rousseau, civilización, ciencia, bellas artes y hasta la agricultura?*»— En nombre de la razón? ¿Cómo? si «*el cristianismo sostiene perfectamente el exámen de la razón, segun el mismo Rousseau, y cuanto mas se le sondea mas grandeza se descubre en él.*» En nombre de la libertad y del liberalismo? Mucho menos:—«No temamos, dice un



notable escritor, ese soplo de liberalismo irreligioso que pasa hoy por la cumbre de los pueblos. La libertad bien entendida lleva al Evangelio, así como el Evangelio nos conduce á la libertad. Si nuestro siglo es liberal, el Evangelio lo es mas y de la verdadera manera.»

La Iglesia solo teme de los sofismas y calumnias; no por ella, sino por los que en pleno siglo de las luces se dejan embaucar tan miserablemente. Y ella es madre de todos y á todos con amor sublime desea salvar, porque esa es su mision.

Qué mas? No queremos dejar de añadir una observacion que, al mismo tiempo que es una voz de alerta contra la decadencia moral que nos aqueja, demostrará la necesidad de una reaccion enérgica en pró de los sentimientos morales y prácticas religiosas; así como confirmará la divinidad de la religion de Cristo. En efecto, el perfeccionamiento moral es la condicion y la vida de la civilizacion de los pueblos; pues bien: su barómetro mas perfecto es la influencia social del catolicismo, pues á medida que esta influencia baja en el barómetro social, sube y crece la inmoralidad y la corrupcion. El paralelismo que existe entre el reinado de la corrupcion y la depresion del cató-

licismo es asombroso. Una secta enemiga de la Iglesia ha condensado así su táctica de persecucion religiosa: «El catolicismo puede derrumbarse por la corrupcion, que nos permitirá un dia llevar la Iglesia al sepulcro. Popularicemos pues, el vicio en las masas, hasta que lo respiren por los cinco sentidos.... Formad corazones viciosos y no tendreis mas católicos. El mejor puñal para herir á la Iglesia es la corrupcion. Adelante, pues, hasta el fin.»

Esto es repugnante, pero esa táctica explica la invasion espantosa de degeneracion y corrupcion que alardea sin ninguna clase de pudor y miramientos, en la prensa, en los teatros, en la bellas artes prostituidas por un indecente realismo; en la novela y literatura pornográfica y en fin, hasta en los muebles y objetos de uso mas comun, de manera que las masas respiren la corrupcion por los cinco sentidos, como se propone la secta, con tal de *descatolizar* á los pueblos. Esto es lamenable, es horroroso; sin embargo, es un elogio sublime para la religion de Jesucristo, para su santa Iglesia: se confiesa la incompatibilidad de los corazones viciosos y espíritus corrompidos con la profesion sincera de católicos.



¡Qué hermosa vindicacion para la religion de Jesucristo! No se la puede desterrar de un corazon y de una sociedad sino sustituyéndola por la corrupcion. Si asi no fuera, no la odiarian los que para dominar proclaman y quieren el Estado sin Dios y la escuela sin religion.

Todo, pues, viene á formar un conjunto de caractéres que constituyen la mas brillante demostracion y que justifican superabundantemente y bajo todos los aspectos la fé del género humano, y que basta para demostrar con evidencia la divinidad de Jesucristo, exceptuando á aquellos que de nada se quieren convencer ó que han creado una lógica hábil que sabe negar la misma evidencia. Mas no por eso dejará de reinar el Cristo en el mundo y continuar siendo *el gran Dios y Salvador nuestro*, el Dios de la civilizacion y de las almas de buena voluntad.

#### IV

Tócanos decir, amados católicos, algunas palabras acerca de los ataques de que ha sido objeto la divinidad de Jesucristo de parte de la pretendida critica racionalista, que, dicho sea en honor del espíritu humano, no ha tenido mas que

Jébiles écos entre los espíritus superficiales, que andan en busca de sofismas para encontrar pretextos á su incredulidad.

Y desde luego ¿quién no contempla con dolor y compasion á tantos jóvenes imberbes y á personas desprovistas, no ya de profundos, sino de medianos estudios filosófico-religiosos, afrentar con temerarios atrevimientos, y solo por creer que es de moda y signo de espíritu independiente y libre pensador, las creencias de sus mayores, que han civilizado al mundo y que al menos no debieran rechazarse sin exámen, puesto que han sido defendidas por los mas grandes genios antiguos y modernos? Y si les preguntais si han leído al menos esas obras monumentales en que filosófica y científicamente se exponen las doctrinas del cristianismo, os responden con el mayor desden que no, por lo mismo que son libres-pensadores; constituyendo así una falange refractaria á los estudios serios sobre religion, sin que renuncien, sin embargo, á hablar de la materia como unos profundos teólogos. Tratémoslos al menos con caridad diciendo con Jesucristo: perdónalos, Señor, porque no saben lo que dicen: en vez de incrédulos, mas bien son ignorantes.



Aunque sea á trueque de repetirnos, examinemos las objeciones mas especiosas hechas por la titulada critica racionalista.

No pudiendo negar que Jesucristo fué un hombre de *alta moralidad*, como esta cualidad le impedia proclamarse Dios, no siéndolo, no fué él, dicen, sino la credulidad supersticiosa la que despues le hizo Dios. ¿Cómo lo prueban? Afirmando que los Evangelistas no hablan de Jesucristo, como verdadero Hijo de Dios, pues que al darle este título algunas veces, es en el mismo sentido que los profetas llaman á los hombres hijos de Dios, como á Dios padre de los hombres. ¿No manda el mismo Jesucristo decir: «Padre nuestro que estas en los cielos»? Y ¿no se llama él mismo Hijo del hombre é Hijo de David?

Pareceria imposible que á tal extremo llegase la audacia de los enemigos de la Iglesia, alegando razones que puede convencer de falsedad el cristiano menos instruido en las Sagradas Escrituras. No es la credulidad supersticiosa la que ha hecho Dios á Jesucristo en los siglos de ignorancia, sino el mismo Jesucristo quien se declara tal y quien demostró que lo era. Baste citar algunos textos

para probar que el racionalismo miente ó no sabe lo que afirma. Así habiendo llegado Jesús á las cercanias de Cesarea, interrogó á sus discípulos diciéndoles: «Qué se dice del Hijo del hombre? Ellos le respondieron: Unos dicen que eres Juan Bautista, otros Elias, otros Jeremias ó alguno de los profetas.—Jesús les dijo:— Y vosotros ¿qué decis que soy? Simon Pedro le respondió: *Tu eres el Cristo, Hijo de Dios vivo.*—Jesús le respondió: Dichoso eres Simon, hijo de Juan, porque no es la carne ni la sangre quien te ha revelado esto, *sino mi Padre, que está en los cielos*».

Hé aquí como Jesús no se considera ni era considerado por sus discípulos como un simple enviado de Dios é hijo de Dios como un Elias, un Jeremias y los demas profetas, sino *verdadero Hijo de Dios vivo*, y Jesús aprueba su creencia indicándoles que solo podian saberlo por revelacion de su Padre celestial, la cual no se necesitaba para considerarlo como hijo del hombre.

Pero hay mas: cuando el mismo Jesús compareció ante el sanhedrin y el gran Sacerdote le dijo: «Te conjuro por el Dios vivo nos digas si eres el Cristo, Hijo de Dios.»—Jesús le respondió:—«Tu lo has dicho: *Yo lo soy*... Entonces el principe



de los sacerdotes desgarró sus vestiduras diciendo: «Ha blasfemado: ¿para qué necesitamos testigos? Vosotros habeis oido su blasfemia ¿qué os parece?—Ellos respondieron:—¿Es digno de muerte!»

Y esta es la razon de la condenacion del racionalismo. En efecto: ¿hubieran considerado á Jesucristo el gran sacerdote y sus asesores del sanhedrin como un blasfemador, si hubiese pretendido ser hijo de Dios como lo son los demas hombres? si hubiese dicho simplemente que era un enviado de Dios como los demas profetas? Si Jesucristo mismo no se hubiera declarado *verdadero Hijo de Dios* ¿le hubiesen condenado por blasfemo? Jesús, pues, proclamó él mismo su divinidad y no la supersticion de la Iglesia católica.

San Pablo afirma que Jesucristo, aunque tomó la forma de hombre «no por fraude se hizo igual á Dios» y San Juan dice: «El Verbo era Dios, y el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros» ¿Qué se deduce de aquí, sino que Jesús no era solo hombre, sino verdadero Dios, esto es, *Hombre-Dios* segun la economia de la redencion lo exigia? Mas aun: Jesucristo por estos textos no es declarado simplemente *un Dios*, sino igual á Dios, y como el Verbo

es Dios; lo que confirma el mismo Jesús cuando declara: «Yo y mi Padre somos uno solo», esto es, una misma cosa»,

Ni siquiera mereceria una respuesta la objecion fundada en que los Evangelios llaman á Jesús *hijo del hombre é hijo de David*, como lo confirma el mismo Jesucristo; puesto que si Jesús es el Verbo encarnado, es tan verdadero Dios, como verdadero hombre, descendiente por Maria de la real estirpe de David, segun estaba profetizado.

Estas negaciones sobre la divinidad de Jesucristo son comunes á la crítica ó exégesis racionalista que ha aplaudido los sofismas del tristemente célebre Ernesto Renan, el seminarista apóstata y audaz calumniador de Jesucristo, caido en descrédito entre los mismos racionalistas de algún saber.

No solo han considerado el libro de Renan como fuera del campo científico los sabios católicos, sino que tambien las mismas escuelas racionalistas de la exégesis alemana; oigáanse sino las conclusiones de un trabajo bastante extenso de Mr. Keim, queha llamado justamente la atencion. «La Vida de Jesús por Renan es una novela... son unos nuevos *Misterios de Paris* escritos á vuela pluma para entretener en un terreno sagrado á un



público compuesto de profanos. Científicamente hablando el libro es completamente nulo respecto á todas las cuestiones importantes.

«En vez de tomar á cosa de juego la gran historia de Jesús, esa historia que contemplan con recogimiento todos los siglos; en vez de adular á los espíritus gastados, contristar á los creyentes, y *ultrajar á la ciencia libre*, emprenda de nuevo su trabajo Mr. Renan con conciencia y con calma... y de esta suerte podrá alcanzar que lo perdonen los amigos de la verdadera historia, que hoy se burlan de su singular triunfo».

Con críticos de este jaez, salvo la infamia de sus blasfemias y la deshonra de la razon humana, la creencia en la divinidad de Jesucristo tiene que agigantarse en los espíritus rectos por el efecto contraproducente de la indignacion que engendra el cinismo de la incredulidad vulgar é insolentemente atrevida. No permite Dios el mal, sino porque sabe sacar inmenso bien; así es que aun bajo el aspecto científico y apologético esa blasfemia contra el Cristo ha servido de ocasion para agotar todos los tesoros de la crítica y de la historia en favor de la divinidad de Jesucristo, como lo demuestra el gran número de refutaciones en

obras magistrales escritas contra Renan, que han pulverizado los sofismas y contradicciones de la exégesis y critica racionalistas, erigiendo á la divinidad de Jesucristo el mas espléndido monumento histórico-apologético. Así la obra impia de Renan ha sido ocasion de las siguientes obras monumentales: «Los Sofistas y la Critica» de Gratry; las «Vida de Jesucristo» por Darras, por Besson por Wallon, por Meignan, por Laurentie, por Freppel y otros autores, hasta contarse por centenares las refutaciones á Strauss y Renan.

No extrañeis, por tanto, amados católicos, que os exhortemos á proclamar bien alto vuestra creencia en la divinidad de N. S. Jesucristo, y á poner especial empeño en instruiros sobre tan importante y fundamental dogma de nuestra fé, que es al mismo tiempo el hecho mas evidente de la historia, á fin de colocaros en condiciones de saber refutar los sofismas con que la incredulidad pretende sorprender á los pueblos católicos y la buena fé de los creyentes.

Es por otra parte muy verdadero que si existen personas que son prodigios de impiedad blasfemando de Jesucristo como Hombre-Dios, lo es tambien que son prodigios de ignorancia en materias



de religion, procurando embaucar á las gentes superficiales con sus aclamaciones á Jesucristo como gran filósofo é insigne reformador de la humanidad, con el propósito de arrebatarle la aureola divina. ¡Ah! esa enseñanza sin Dios y esas escuelas sin religion! ¿No es en verdad reprobable que pueblos que deben al cristianismo su civilización tengan establecimientos de enseñanza secundaria y superior en donde todo se estudia menos la Cristología y la filosofía de la religion?

Pero, es por medio de la oracion que debemos vengarnos de esas blasfemias, rogando á Jesucristo que se venga de ellas á la manera que se vengara de Pablo en el camino de Damasco, cegando la razon orgullosa de los impios para iluminarlos con las luces de la fé. Oremos al Señor para que se digne convertir á tantos espíritus extraviados que son indiferentes y hasta enemigos del catolicismo porque no lo conocen y no lo conocen, porque no lo han estudiado; puesto que si lo estudiasen deducirían esta confesion que la evidencia arrancó en un momento lúcido al mas grande corifeo del libre-pensamiento: «El judaísmo, decia, el sabeísmo, la religion de Zoroastro, yacen en el polvo; el culto

de Tiro y de Cartago ha caido con estas ciudades importantes. La religion de los Milciades y de los Pericles, la de Paulo Emilio y de Caton, no existen; la de Odin ha dejado de ser; hasta la misma lengua de Osiris convertida en lengua de los Ptolomeos ha desaparecido de la memoria de sus descendientes. El deísmo puro jamas existió. Solo el cristianismo se ha mantenido en pié en medio de tantas vicisitudes, y no obstante el fracaso de tantas ruinas, permanece inmutable como el Dios que es su autor. La verdad subsiste eternamente y los fantasmas de la opinion pasan como sueños de imaginaciones calenturientas... *Por consiguiente, me veo obligado á creer y á admirar!*

Ah! si lo estudiasen, se verian obligados á confesar con otro notable publicista que no es la credulidad ignorante sino «la evidencia de la razon y la evidencia de la fé reunidas, las que han alumbrado con su doble é irresistible luz las mas bellas almas y las mas grandes inteligencias de este mundo» acerca de la divinidad de Jesucristo y de su augusta religion.

Y sin embargo creemos de nuestro deber tributar un merecido aplauso al racionalismo contemporáneo, pues la



justicia nos obliga á aplaudir todo progreso y adelanto en cualquier órden que se produzca. ¿No es, en efecto, un gran paso hácia la verdad, una conquista hasta en el aticismo de las formas y un triunfo sobre añejas preocupaciones lo realizado por el racionalismo contemporáneo? En el pasado siglo el Cristo era tratado de infame y de galopines sus Apóstoles; á principios del presente, segun la escuela de Strauss, aunque la personalidad del Cristo es un mito, el cristianismo es la encarnacion del ideal de la humanidad; la escuela de Salvador repudiando el mito, declara á Jesús un gran reformador del judaismo; pero en nuestros tiempos esas aberraciones se han dado al olvido y al desprecio, y es un honor relativo para el racionalismo proclamar á Jesús como el mas grande entre los nacidos de los hombres, que no tiene superior, ni tendrá igual en la humanidad, sino tambien aclamarlo como el ideal de la causa que defiende el liberalismo. Un paso mas, y si no se deja dominar por la ceguera de la incredulidad, aclamará en toda la realidad de su grandeza al gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo. La fuerza irresistible de la verdad los llevará hasta el fin.

¿No afirmaba ya el racionalista Schelling en su filosofia de la religion algo que se acerca mucho á la verdad? «Cristo, dice, ha hecho posible el reinado de la verdad y de la libertad. El órgano de esta conquista sucesiva es la Iglesia, cuya fundacion se ha señalado por un aparato de fuerzas y de manifestaciones divinas; pero para que este espíritu conquiste al mundo entero y realice la unidad divina universal, es necesario que se someta á las condiciones históricas y pase por las diferentes fases de una evolucion progresiva.» ¿No querrá la providencia que esta evolucion progresiva hácia la verdad la realice el racionalismo, haciéndose superior á los resabios de la incredulidad?

Oremos pues, por nuestros hermanos del campo racionalista, á cuyos corazones sube la sangre cristiana que corre por sus venas, y respiran cristiana atmósfera.

No desesperemos por ellos, y mientras tanto adoremos, al gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo, porque él es la verdad y la vida, porque es la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; adoremos ese nombre sagrado, porque solo en él podemos ser salvos los individuos y las naciones.



La libertad, la civilizacion y el progreso, sin él no pueden vivir, porque él es la regeneracion y la esperanza; es la causa de la grandeza de los pueblos, es la glorificacion de la humanidad, es el ideal de la perfeccion, es el triunfo de la virtud, es el consuelo de las almas, y la ley del *excelsior* sublime del corazon y de la inteligencia de todos los hombres de buena voluntad.

Salvador divino! venga á nos el tu reino! y el reinado de la paz y del bien no tendrá fin entre nosotros!

Dada en Montevideo, desde nuestra residencia episcopal á los 15 dias del mes de Diciembre del año 1892, Octava de la Inmaculada Concepcion.

† MARIANO,  
Obispo de Montevideo

---

Secretaría de la Diócesis.

Montevideo, 15 de Diciembre de 1892.

De mandato de Su Sria. Ilma. y Rvma. la presnte pastoral será leida como de costumbre en el primer dia festivo despues de su recepcion, ordenando que ade-

mas de la lectura oficial, sea comentada en pláticas sucesivas, para ilustrar á los fieles en tan importante dogma de nuestra religion.

*Eusebio de Leon,*  
Secretario.

---